

Vida y pasión de Isaacs

CAPITULO IX

EN "EL MOSAICO"

(Especial para la "Revista del Rosario".)

Un día, en el 64, de nuevo en Bogotá, Isaacs se hace amigo de don José María Vergara y Vergara. El venerable patriarca de las letras colombianas, todavía joven, si bien no tanto como Isaacs, lo acoge con fervor. Vergara y Vergara era en aquellos tiempos el más activo y diligente animador de la cultura patria. Su corazón dijérase una lámpara desvelada en el empeño de alumbrar vidas oscuras y señalar derroteros de gloria. Con celo en que se confundían su devoción a la humanidad y a la tierra nativa, inquietaba entre las gentes nuevas la voz que trajera un nuevo mensaje del espíritu. Más que el afán del propio renombre, que quizá no sufrió nunca, asediábalo el del renombre ajeno. En el mundillo de la inteligencia, egoísta y perverso, Vergara y Vergara es un caso de santidad.

El hallazgo de Isaacs fue una fiesta interior para el maestro. Hé allí el poeta que había estado esperando y había buscado con la certidumbre de que la belleza suscita siempre, por una ley arcana, su propio ministerio.

Hirviente de entusiasmo, convocó a sesión extraordinaria al grupo santafereño que por aquellas épocas se reunía familiarmente, en una casa cualquiera de los que lo integraban, para lecturas literarias y para departir sobre los temas de la inteligencia.

Conocíase aquella tertulia ilustre con el nombre singular de "El Mosaico". Y lo era, en verdad, por la diferencia de categorías mentales y sumas de doctrina de los graves varones que concurrían a ella. Discutirla, como se ha hecho después, analíticamente, es un error. Por su naturaleza, "El Mosaico" no es más que un hecho histórico en la parábola del pensamiento y el arte colombianos. Sólo pue-

den ser llamados a juicio colectivo los grupos de esta índole que constituyen asambleas homogéneas, reducidas a unidad filosófica, o artística, o política por un concepto común en la interpretación de los tiempos y de las obras humanas. Si esa unidad no ha existido, el juicio de conjunto, sin bases en que hundir sus raíces, danzará en el vacío. Nada más heterogéneo que "El Mosaico". No era él, propiamente, una tertulia literaria, en el sentido de escuelas que a éstas es usual concederles, sino una tertulia social animada por un sentido de armonía humana en épocas de duras discrepancias políticas y por un espíritu generoso para estimular, sin pautas directoras, el desenvolvimiento de la cultura nacional. Era apenas un punto de convergencia accidental de gentes que fuera de ese instante se movían en regiones distantes, cuando no contrapuestas. La plática entre ellas tenía, por eso, zonas prohibidas. Distancias estelares mediaban, por ejemplo, entre Ricardo Carrasquilla y Salvador Camacho Roldán, entre Vergara y Vergara y Teodoro Valenzuela. Ni siquiera es posible concluir que la devoción al arte criollo daba una sombra de unidad a aquellos hombres. Esta devoción era una consecuencia del romanticismo reinante, que alumbraba en "El Mosaico" como fuera de él. Pero, ¿cómo atribuir su influencia, sin falso testimonio, a varios de los contertulios de las célebres noches bogotanas? El "espíritu mosaico" no pasa de ser una ilusión nacida del propósito de reducir a denominadores comunes cifras heterogéneas.

Vergara y Vergara invitó a Isaacs al Mosaico. Era claro. Tenía que ir. El haría de introductor. La grave asamblea de doctores firmaría y confirmaría su nombre de poeta. El le entregaba su garantía, prenda para el caso infalible. No se equivocaba el profeta. Así fue.

Allí entran, pues, el patriarca y el cantor ignorado. Vergara y Vergara con las infulas generosas del hombre a quien le ha sido otorgada la gracia de una revelación. Isaacs con el temblor del catecúmeno que va sufrir la prueba epiritual. No desconfía de sí mismo. Desconfía de los demás, de quienes van a oírlo en colegio de jueces. Sabe que lleva el dón sagrado. Pero no está seguro de que la voz en que lo enuncia obtenga la resonancia merecida.

Ya la voz y los ojos tienen toda la gama espléndida que no habrían de olvidar nunca quienes lo vieron y oyeron en la plenitud de sus días. Han afirmado sus líneas los

perfiles del rostro. El juvenil bigote fulge y tiembla en dos ramas de ébano. La gallardía del escolar adolescente ostenta acabados sus contornos. Trae, sumados en un conjunto extraño, los signos de su raza y el esplendor de que contagia a los seres y las cosas el paisaje natal.

Apágase el rumor que ha reinado en la sala mientras la reunión iba integrándose. La tertulia asume aires académicos. Isaacs está nervioso. El temblor de las manos pone una aura ligera en lo papeles que comienza a leer. Surgen corto el acento y tímido el ademán. La impresión que empieza a advertirse en los semblantes infunde seguridad a su actitud. Un soplo de melodías del Cauca pasa sobre el concurso silencioso:

Soñé vagar por bosques de palmeras,
cuyos blondos plumajes, al hundir
su disco el sol en las lejanas sierras,
cruzaban resplandores de rubí.

Del terso lago se tiñó de rosa
la superficie límpida y azul,
y a sus orillas garzas y palomas
posábanse en los sauces y bambús.

Muda la tarde, ante la noche muda
las gasas de su manto recogió:
del indo mar dormida en las espumas
la luna hallóla y a sus pies el sol.

Ven conmigo a vagar bajo las selvas
donde las hadas templan mi laúd;
ellas me han dicho que conmigo sueñas,
que me harán inmortal si me amas tú.

Honda emoción ha sacudido a los oyentes. Todos han sentido pasar la claridad de un viento sagrado. Una solemnidad arcana ha quedado templando en el vuelo de la hora. Manos sabias abren las puertas de la gloria al poeta. Desde su sede rectoral, Vergara y Vergara, radiante de entusiasmo, llama a nuevo silencio. Isaacs inicia la lectura del *Río Moro*. Ya no es la cadencia vernácula la que vibra en la voz. La música marcial y religiosa de los poetas bíblicos llega a la noche andina con un mensaje del oriente. Antes era el rumor de la guitarra melancólica, la melodía de las

fuentes indígenas, la flauta que puntúa, hacia el atardecer, los horizontes de la comarca solariega. Ahora es un gemir de clarines clamorosos, una sinfonía en órgano pleno, en que la angustia del grito se fatiga, se aterciopela, se diluye en tonos crepusculares. El arpa de David. "Un eco de las trompetas de Josué frente a las murallas de Jericó". En Isaacs, lograda la conciencia artística, descubierto el camino, se oye rodar siempre, como ese cántico profundo de los ríos en que se esconde el que oyen todos y sólo advierten los que descifran la música de la noche, un rumor desprendido de la constelación de los profetas. Ese ritmo recóndito, que suena a metales eternos, a parches religiosos, a cornetas de oro, es el que lo distingue entre los poetas de su tiempo y su idioma y lo coloca en los coros perdurables de la raza del cántico.

Eres hermoso en tu furor: del monte
lanzado en tu carrera tortuosa,
va sacudiendo la melena cana
que los peñascos de granito azota;
y detenido, de coraje tiemblas,
columpiando al pasar la selva añosa;
las nieblas del abismo son tu aliento
que en leves copos despedaza el viento.

¿De dó vienes, así, desconocido,
con tu lujo y misterios? ¿Gente indiana
hacia el oriente tus orillas puebla
en verdes bosques y llanuras vastas,
cuyo límite azul borran las nubes
que en el confín del horizonte vagan?
Dime, ¿esas tribus que do naces moran
viven felices o miserias lloran?

Pienso que a orillas del raudal velado
por grupos de jazmines y palmeras,
púdica virgen de esmeraldas ciñe
la negra y abundante cabellera;
y acaso el homicidio sangre humana
a los cristales de tus linfas mezcla,
y al odio y al amor indiferente
confunde sus despojos tu corriente.

Vi al pescador de los lejanos valles
tus peñas escalando silencioso,
la guarida buscando de la nutria
y el pez luciente con escamas de oro;
contóme hazañas de su vida errante
sentado de mi hoguera sobre el tronco;
le vi dormir el sueño de la cuna
y envidié su inocencia y su fortuna.

El poeta terminó su lectura. El lauro arisco ciñó para siempre sus sienes juveniles. "El Mosaico" jamás había extendido actas ni hecho publicaciones colectivas. Mas aquella noche había sido distinta de las otras. Los ilustres penates convinieron y firmaron esta declaración, que nacía destinada a preceder la primera edición de los poemas escuchados, cuya publicación fue adoptada por el asombrado colegio:

"En una de las últimas noches del mes de mayo estábamos reunidos en casa de uno de nosotros y esperábamos oír las poesías de un joven, cuyo nombre nos era hasta entonces apenas conocido.

"Leída la primera composición, experimentamos dos sentimientos: de admiración el primero, admiración semejante a la que produce la vista de una de las magníficas auroras del Cauca. De temor el segundo, al pensar que aquellas armonías que tan dulces nos habían parecido podrían quizá desvanecerse, que la inspiración del poeta pudiera haber sido fugitiva.

"Pero nuestra admiración creció, y la lectura de las otras composiciones disipó nuestro temor. Entusiasmados al fin, ofrecimos al inspirado joven las sinceras simpatías de nuestros corazones, expresadas en fervorosos elogios.

"Dímosle cuanto pudimos darle; devolvémosle ahora las poesías que entonces nos leyó manuscritas; dámosle también nuestros nombres, firmando no una recomendación, que para tanto no nos creemos competentes, sino una carta de introducción para el público: a éste toca juzgar el mérito del libro que le presentamos.

"Bogotá, 24 de junio de 1864.

"J. M. Samper. J. Manuel Marroquín. Ezequiel Uri-coechea. Ricardo Carrasquilla. Aníbal Galindo. Próspero Pereira Gamba. Diego Fallon. J. M. Quijano Otero. Ra-

"fael Samper. Teodoro Valenzuela. J. M. Vergara y Vergara. Ricardo Becerra. Salvador Camacho Roldán. Manuel "Pombo".

Don Teodoro Valenzuela, que había llegado a la tertulia de esa noche tocado del recelo que le inspiraba el teniente conservador del general Henao, fue quien propuso el homenaje de la edición. La devoción a la belleza establece una zona generosa en que se confunden la almas distanciadas por disparidades de razas, de sentimientos y doctrinas.

MARIO CARVAJAL

Doctor en Filosofía y Letras de este
Colegio Mayor.



Archivo Histórico